



**ANTOLOGÍA
DE
NOVELAS
DE
ANTICIPACIÓN
XIX**

Decimonoveno volumen de las antologías de anticipación Acervo. En este ejemplar: *Luna inconstante*, *Sueño protector*, *El crepúsculo*, *2217 A. D.*, *La fácil salida*, *Demasiada gente*, *El circo de los ratones*, *Silencio en Gehenna*, *Madre en el cielo con diamantes*, *Estilo coloquial* y *El oro al final del arco estelar*.

Prólogo

Todas las antologías de ciencia-ficción que incluyen la palabra «mejor» en su título empiezan con una mentira. En primer lugar, no existe tal cosa. Lo que es mejor para un hombre es veneno para otro.

En segundo lugar, ningún antologista tiene nunca lo «mejor». Necesita un relato, pero ya tiene otro relato del mismo autor y quiere ser más representativo. Le gusta un relato, pero es un relato completamente distinto y no puede incluirlos a los dos. Ve un relato que desea, pero no puede permitírselo, porque el agente del autor pide demasiado dinero. Encuentra un relato que encaja perfectamente, pero las otras cinco antologías de lo «mejor» incluyen el mismo relato, y no sería correcto vender los mismos relatos a los mismos lectores bajo cinco etiquetas distintas... Y, finalmente, nunca se puede estar seguro de tener lo «mejor», puesto que nadie, por mucha que sea su dedicación y por muy enciclopédicos que sean sus conocimientos, puede leer todos los relatos de ciencia-ficción que se publican en el transcurso del año. Nadie, por ejemplo, es capaz de leer en tantos idiomas, ni siquiera Darko Suvin.

De modo que, en el mejor de los casos, lo que se tiene es una especie de compromiso de aproximación, y no acabo de entender por qué los antologistas insisten en utilizar palabras como «mejor» en los títulos.

Dado que yo también utilizo la palabra en cuestión, creo que estoy obligado, al menos, a explicarle honradamente al lector cuáles son mis compromisos. En primer lu-

gar, «mejor» significa los mejores relatos que yo he leído durante este período, excluyendo un par de ellos que me gustaron mucho pero que ya han aparecido en muchas antologías. No dudo ni por un segundo de que hay relatos muy buenos que no están incluidos aquí, y tal vez unos cuantos que no están incluidos en ninguna colección similar; y, de ser así, lamento que ustedes y yo nos los hayamos perdido.

También hay algunos relatos que me hubiese gustado incluir —uno italiano, uno alemán, uno ruso—, pero la barrera del idioma me derrotó. Traducir un relato de ciencia-ficción es casi como traducir un poema: no se trata tanto de trasladarlo a otro idioma como de recrearlo. Los buenos traductores escasean, y sintiéndolo mucho tuve que prescindir de aquellos relatos. Sin embargo, debo decir que la traducción del japonés por Judith Merrill y Tetsu Yano es un verdadero triunfo. Algo que no sucede fácilmente.

Por otra parte, siento tener que reconocer que mi opinión concuerda con la de uno de los escritores más populares y de más éxito de este género —no mencionaré su nombre, pero ha publicado un gran número de obras—, el cual me escribía hace unos días: «Algo malo le ocurrió a la ciencia-ficción alrededor de 1956. Estaba en pleno florecimiento, y de repente dejó de crecer. Lo que hemos tenido desde entonces a menudo es bueno, y a veces muy bueno. Pero no se supera el techo alcanzado hace más de una década y media».

Hay algo de cierto en esa afirmación, por desgracia, y es evidente que lo que se ha destacado como notable en ciencia-ficción en los últimos años no representa una superación en el terreno de la inventiva: los últimos rizados de la Nueva Ola se escurren todavía en la arena, y la fuerza que poseen deriva simplemente del plagio mecánico de las técnicas de Dos Passos, de Joyce y de Jean Cocteau. Pero no es del todo cierta. Ocurren cosas. Sólo empiezan a ocurrir, pero hay escritores que no estaban hace una década, y es-

tán haciendo cosas que valen la pena. Larry Niven es uno de ellos, representado aquí con *Luna Inconstante*. Doris Piserchia y Grahame Leman, con los primeros relatos que han publicado, pueden ser otros dos. Bob Shaw (léase su última novela, *Other Days, Other Eyes*, para comprender lo que quiero decir) es uno de ellos, lo mismo que Samuel R. Delany, lo mismo que Ursula K. LeGuin, lo mismo que otra docena de autores que están introduciendo cambios substanciales en el terreno de la ciencia-ficción.

Lo que está ocurriendo en la ciencia-ficción ahora mismo no me parece una tarea de innovación. En realidad, mucha de la innovación ha sido extraída de otros campos: los depósitos de ideas como la *Rand Corporation* y libros como *Future Shock* han contribuido a ampliar la capacidad de la ciencia-ficción para describir futuros posibles; los poetas de cafetería y los cantantes de rock hablan en sus versos de estrellas y galaxias. Lo que en realidad está ocurriendo es una especie de síntesis: la «ciencia» que da su nombre a la ciencia-ficción... y que ha estado ausente de la mayoría de relatos de ciencia-ficción ganadores de premios en los últimos diez años; la aventura y el hechizo que caracterizaba a las revistas baratas; la sólida y creadora comprensión del «espacio interior» de personalidad y conducta de los escritores de ciencia-ficción «literarios».

Si últimamente no se produjeron muchas obras maestras, al menos se produjo una apreciable cantidad de trabajo competente. Y de ese trabajo surgirán las nuevas obras maestras...

Frederik Pohl

Luna inconstante

Larry Niven

1

Estaba contemplando las noticias cuando vino el cambio, como un destello de movimiento vislumbrado por el rabillo del ojo. Me volví hacia el balcón. Fuera lo que fuese, era demasiado tarde ya para captarlo.

Aquella noche la luna era muy brillante.

Me di cuenta de esto y sonreí, y di de nuevo media vuelta. Johnny Carson iniciaba su monólogo.

Cuando pusieron los primeros anuncios me levanté para recalentar el café. Ponían tres o cuatro anuncios seguidos, por ser medianoche, de modo que tenía tiempo.

Al volver me cogió de lleno la luz de la luna. Si antes era brillante, ahora lo era más. Hipnótica. Abrí la vidriera deslizante y salí al exterior.

El balcón apenas era algo más que un reborde con barandilla, con espacio justo para un hombre, una mujer y una barbacoa portátil. Durante los últimos meses el panorama había sido adorable, especialmente en el crepúsculo. La compañía de electricidad había estado instalando un edificio para oficinas de cemento y cristal. En realidad, no era más que una estructura de vigas de acero al descubierto.

Como una masa sombría contra el cielo rojo del crepúsculo, parecía más bien algo tieso, surrealista, tremendamente impresionante.

Esa noche...

Nunca había visto una luna tan brillante, ni siquiera en el desierto. Lo bastante brillante como para poder leer, pensé, e inmediatamente añadí, pero esto es una ilusión. La luna nunca es mayor (no sé dónde lo leí) que un cuarto de chelín sostenido a unos tres metros de distancia. Nunca puede ser tan brillante como para permitir una lectura.

¡Sólo estaba llena en sus tres cuartos!

Pero el resplandor de la luna sobre la autopista de San Diego, al oeste, parecía amortiguar incluso el de los faros de la caravana de coches. Parpadeé contra esa luz, y pensé en los hombres que al caminar por la luna dejaban huellas onduladas. En cierta ocasión, por un artículo que estaba escribiendo, pude tener en la mano un pedazo de roca de la luna...

Oí que reanudaban el programa de televisión y regresé al interior del apartamento. Pero al volver a echar una ojeada a mis espaldas, vi que la luna se tornaba aún más brillante... como al aparecer por detrás de una estela nubosa.

Su luminosidad era ya enloquecedora, lunática.

El teléfono sonó cinco veces antes de que ella contestara.

—Hola —dije—, oye...

—Hola —respondió Leslie con voz adormilada, en son de queja.

Caramba, esperaba que estuviese viendo la televisión igual que yo.

—No grites ni te quejes —manifesté al momento—, porque tengo un motivo para llamarte. Estás en la cama, ¿verdad? Bien, levántate y... ¿Puedes levantarte?

—¿Qué hora es?

—Las once y cuarto.

—Oh, Dios mío...

—Sal al balcón y mira a tu alrededor.

—De acuerdo.

El teléfono dejó oír un ruidito. Aguardé. El balcón de Leslie da al norte y al oeste, como el mío, pero se halla diez pisos más arriba, de modo que tiene mejor vista.

A través de mi balcón, la luna ardía como un foco.

—Stan... ¿estás ahí?

—Sí. ¿Qué opinas de eso?

—Es maravilloso. Nunca he visto nada igual. ¿Por qué brilla tanto la luna?

—No lo sé, pero ¿no te parece maravilloso?

—Se supone que tú eres el nativo.

Hacia sólo un año que Leslie se había trasladado aquí.

—Escucha, jamás la había visto de esta manera. Claro que existe una antigua leyenda —proseguí—. Una vez cada cien años, la niebla abandona Los Ángeles por una sola noche, dejando el aire tan claro y despejado como el espacio interestelar. De este modo, los dioses ven si Los Ángeles todavía está aquí. Después, vuelven a arrojarnos con la niebla para no tener que verlo constantemente.

—Sí, ya conocía esa leyenda. Bien, oye, me alegro de que me despertases para verlo, pero mañana he de trabajar.

—Pobre muñeca...

—Es la vida. Buenas noches.

—Buenas noches.

A continuación me senté en la oscuridad y traté de pensar a quién más podía llamar. Sí, llamar a una chica a medianoche, invitarla a salir y contemplar la luna... y ella podría considerarlo romántico, o ponerse furiosa, pero no supondría que había llamado a seis más.

Pensé en varios nombres. Pero las chicas en las que pensé habían salido de mi vida hacía ya más de un año, después de que empezara a pasar todo el tiempo con Leslie. No podía censurarlas. Ahora, Joan estaba en Texas y Hilda se había casado, y si llamaba a Louise probablemente

también vendría Gordie. ¿La joven inglesa? No recordaba su número. Ni su apellido.

Además, todas las chicas que conocía tenían que fichar al entrar a trabajar. Yo también trabajo para vivir, pero en mi calidad de escritor independiente elijo mi horario. A cualquiera que llamara esta noche le arruinaría la mañana. Ah, bueno...

El programa de Johnny Carson era un torbellino en gris y un estrépito de estática cuando regresé al salón. Desconecté el televisor y salí de nuevo al balcón.

La luna brillaba más que la riada de focos y faros en la autopista, era más brillante que Westwood Village, a la derecha. Los montes de Santa Mónica tenían un resplandor perlino, casi mágico. No había estrellas cerca de la luna. Las estrellas no podían sobrevivir a tanto resplandor.

Yo escribía artículos científicos para ganarme el sustento. Habría debido de ser capaz de imaginarme qué le sucedía a la luna. ¿Podía haber aumentado súbitamente de tamaño? ¿Haberse inflado como un globo? No.

Más cerca, tal vez... ¿Estaba cayendo?

¡Las mareas! Olas de treinta metros de altura... ¡y terremotos! ¡La falla de San Andrés abriéndose como el Gran Cañón! Podía subir a mi coche, ir hacia las montañas... No, demasiado tarde.

Tonterías. La luna era más brillante, no era mayor. Podía verlo. Además, ¿podía caer la luna sobre nuestras cabezas, sin más?

Parpadeé y la luna dejó una impresión en mis retinas. Era tremendamente brillante.

Un millón de personas debían de estar contemplando la luna, haciéndose preguntas como yo. Un artículo sobre el caso se vendería muy bien... si lo escribía antes de que lo hicieran otros.

Debía de existir una explicación sencilla, obvia.

¿Cómo podía ser la luna tan brillante? La luz lunar es un reflejo de la luz del sol. ¿Acaso brillaba más el sol? Debía

de haber empezado a ocurrir después del crepúsculo, o la gente habría observado...

No me gustó esta idea.

Por otra parte, la mitad de la Tierra estaba directamente bajo la luz solar. Un millar de corresponsales de *Life*, *Time* y *Newsweek* y de la Asociación de la Prensa llamarían desde Europa, Asia, África y... a menos que estuviesen escondidos en los sótanos. O muertos. O faltos de voz, porque el sol estuviese interfiriendo las comunicaciones con la estática; los sistemas de radio, el teléfono y la televisión... La televisión... ¡Dios mío!

Empezaba a asustarme.

Bien, era preciso volver a empezar. La luna brillaba mucho más que antes. La luz de la luna... bueno, la luz de la luna es un reflejo de la luz del sol, y eso lo sabe cualquier idiota. Entonces... algo le había ocurrido al sol.

2

—¿Diga?

—Hola, soy yo —respondí.

De pronto, mi garganta se solidificó. ¡Pánico! ¿Qué iba a decirle?

—He estado contemplando la luna —explicó ella soñadoramente—. Es algo maravilloso. Incluso he tratado de utilizar mi telescopio, pero no he logrado ver nada; brilla demasiado. Ilumina toda la ciudad. Las montañas son como de plata.

Sí, ella tenía un telescopio en el balcón. Lo había olvidado.

—No he intentado volver a dormirme —continuó Leslie—. Demasiada luz.

Mi garganta pudo funcionar de nuevo.

—Oye, Leslie, cariño, he empezado a pensar que te he despertado, que no podrías volver a dormirte, y toda esa luz... De modo que lo mejor será que salgamos a tomar algo.

—¿Estás loco?

—No, hablo en serio. Ésta no es una noche para dormir. Tal vez no volvamos a disfrutar de una noche como ésta. ¡Al diablo tu dieta! Vamos a celebrarlo. Pasteles de chocolate calientes, café irlandés...

—Eso es diferente. Voy a vestirme.

—Iré a buscarte.

Leslie vivía en el piso catorce del Edificio C de la plaza Barrington. Llamé a la puerta y esperé.

Mientras aguardaba me pregunté, sin ningún sentido de urgencia: ¿Por qué Leslie?

Debía de haber otras maneras de pasar mi última noche en la Tierra que con una chica en particular. Podía haber es-

cogido a otra joven, o incluso a varias, aunque ésa no fuera mi costumbre.

También podía haber llamado a mi hermano, o a una serie de parientes...

Bah, mi hermano Mike habría querido tener un buen motivo para que le sacara de la cama a medianoche.

—Pero Mike, la luna es tan hermosa...

Ni hablar. Y mis parientes habrían reaccionado igual. Sí, yo tenía un excelente motivo, pero ¿me creerían?

Y si me creían, ¿qué? Yo habría organizado una especie de velatorio. Les dejaría dormir. Lo que yo deseaba era que alguien se uniese a mi... fiesta de despedida sin formular preguntas estúpidas.

A quien yo deseaba era a Leslie. Volví a llamar.

Ella abrió un poco la puerta. Todavía no llevaba más que la ropa interior. Una faja tiesa, deforme, que tenía en la mano me rozó la espalda cuando se arrojó en mis brazos.

—Iba a ponérmela.

—Entonces he llegado a tiempo.

Le quité la faja y la dejé caer al suelo. Me agaché para pasar los brazos por debajo de sus costillas, me enderecé con cierto esfuerzo y anduve hacia el dormitorio con sus pies bailando contra mis tobillos.

Tenía la piel muy fría. Debía de haber estado fuera.

—¡Basta! —gritó—. ¿Crees que puedes competir con unos pastelillos de chocolate calientes?

—Ciertamente, me lo exige mi orgullo.

Los dos estábamos sin aliento. Una vez había tratado de levantarla entre mis brazos, en un estilo cinematográfico convencional. Por poco me rompo la espalda. Leslie era muy alta, casi como yo, y tenía unas caderas generosas.

Nos echamos en la cama, uno al lado del otro. Luego, le rasqué la espalda, sabiendo que sería incapaz de resistirse... ja, ja, ja, ja... Dejó oír unos grititos de placer para decirme dónde debía rascar. Después, me levantó la camisa hasta los hombros y empezó a rascarme la espalda a su vez.

Nos fuimos quitando prendas de ropa al azar, dejándolas caer fuera de la cama. La piel de Leslie estaba ya caliente, casi ardiente...

Bien, por eso no podía escoger a otra chica. Hubiera tenido que enseñarle a rascarme. Y no tenía tiempo.

Algunas noches yo experimentaba una tendencia nerviosa a apresurar el acto amoroso. Esta noche estábamos ejecutando un ritual, un rito de tránsito. Intenté ir más despacio, para que durase más. Traté de lograr que a Leslie le gustase más. Resultó increíble. Me olvidé de la luna y del futuro cuando Leslie aplicó sus talones contra los huecos de mis rodillas y empezamos a movernos al ritmo antiguo.

Pero la imagen que se dibujó en mi mente en el clima del acto fue vívida y aterradora. Nos hallábamos sobre un círculo de fuego muy vivo que nos encerraba como un nudo corredizo. Si yo gemía de éxtasis y terror, ella pensaría que era sólo de éxtasis.

Continuamos tendidos lado a lado, adormilados, entorpecidos, muy juntos. Estaba dispuesto a dormirme y dejar dormir a Leslie, olvidando mi promesa... pero, en vez de hacerlo, le susurré al oído:

—Pastelillos de chocolate calientes.

Leslie sonrió, se movió y rodó fuera de la cama.

No quería que se pusiera la faja.

—Es más de medianoche. Nadie se meterá contigo porque yo me opondría, ¿de acuerdo? Entonces, ¿por qué no has de ir cómoda?

Se echó a reír y cedió. Nos abrazamos una vez más, ya en el ascensor. Estaba mucho mejor sin la faja.

3

La camarera de la barra, de cabellos grises, estaba animada, excitada. Le brillaban los ojos. Habló como confiándonos un secreto.

—¿Han observado la luna?

Ship estaba bastante concurrido a aquella hora de la noche y tan cerca de la Universidad de Los Ángeles. La mitad de los parroquianos eran estudiantes universitarios. Esa noche hablaban en voz baja y volvían la cabeza a menudo para mirar a través de las paredes de cristal del restaurante, que permanecía abierto las veinticuatro horas del día. La luna estaba baja hacia occidente, lo bastante para competir con los faroles de la calle.

—La hemos observado —repliqué—, y lo estamos celebrando. Sírvanos dos pasteles de chocolate calientes.

Cuando nos dio la espalda deslicé un billete de diez dólares bajo la servilleta de papel. No porque tuviese que gastarlos, sino porque a la mujer le resultaría muy grato encontrarlos. Tampoco yo los iba a gastar nunca.

Me sentía flojo, casual. Muchos problemas parecían haberse solucionado por sí mismos.

¿Quién habría creído que la paz llegaría a Vietnam y a Camboya en una sola noche?

La cosa había empezado hacia las once y media en California. Lo que hacía que el sol de mediodía estuviera sobre el mar Rojo, con algunos flecos de Asia, Europa, África y Australia bajo la directa luz del sol.

Alemania ya estaba reunificada, el Muro fundido o derribado por olas de choque, los israelitas y los árabes habían depuesto las armas, y el *apartheid* ya no existía en África.

Y yo era libre. Para mí no había consecuencias. Esa noche podía satisfacer todas mis oscuras ansias: robar, matar, estafar sobre mis ingresos y mis impuestos, arrojar ladrillos

contra los escaparates, quemar mis tarjetas de crédito. Podía olvidarme de mi artículo sobre la formación de metal explosivo, que debía entregar el jueves. Esa noche podía sustituir los caramelos de canela por las píldoras de Leslie. Esa noche...

—Fumaré un cigarrillo.

Leslie me miró extrañada.

—Pensé que habías abandonado ese hábito.

—Recuerda que me dije que si experimentaba un ansia irresistible, fumaría un cigarrillo. Lo dije porque no podía soportar la idea de no volver a fumar nunca más.

—Pero ¡has estado meses sin fumar! —rió ella.

—Y siguen anunciando cigarrillos en las revistas!

—Es un complot. De acuerdo, fuma un cigarrillo.

Metí unas monedas en la máquina, vacilé en la elección y al final saqué un tabaco suave. No era que deseara el cigarrillo, pero algunos acontecimientos piden champaña y otros tabaco. También existe el tradicional último cigarrillo antes de la ejecución...

Lo encendí. ¡Por el cáncer de pulmón!

Sabía tan bien como lo recordaba, aunque tenía un gusto rancio muy débil, como una bocanada de colillas viejas. La tercera aspiración me pareció muy rara. Mis ojos se desenfocaron y todo quedó en calma. El corazón me latía con fuerza en la garganta.

—¿Qué tal sabe?

—Muy extraño. Me siento flipado —respondí.

¡Flipado! No había oído esa palabra desde hacía unos quince años. En el instituto fumábamos para fliparnos, para experimentar esa semiborrachera producida por la contracción de los capilares del cerebro. El flipe dejaba de producirse después de las primeras veces, pero nosotros seguíamos fumando...

Volví al presente. La camarera nos estaba sirviendo los pastelitos calientes.